

# Don José Joaquín Casas, un hombre, una época

Escribe: RAFAEL AZULA BARRERA

El 23 de febrero de 1966 se cumplió el primer centenario del nacimiento de don José Joaquín Casas. Con tal motivo se han venido celebrando, por parte de los institutos de alta cultura, diversos actos para honrar su memoria. La Academia Colombiana de la Lengua rindió homenaje al ilustre poeta colombiano en una sesión solemne verificada el lunes 25 de abril, en su salón de actos, fecha en la cual se conmemoró también el día del idioma. A nombre de la institución el académico de número don Rafael Azula Barrera pronunció el siguiente discurso:

Señor director de la Academia Colombiana, señores embajadores de España y del Perú, señores miembros de la familia Casas, señores académicos, señoras, señores:

Debo a las generosas instancias del reverendo padre Félix Restrepo—cuyo tránsito terrenal, concluído al finalizar el año último, se halla constelado de hazañas que reclaman ser esculpidas, como alto relieves, en el propio pedestal de la estatua que la gratitud nacional habrá de levantar a su nombre— el honor inmerecido de pronunciar las palabras de rigor, al conmemorar nuestro instituto, en este día del idioma, el primer centenario del nacimiento de don José Joaquín Casas. Y, al procurar llenar, sin doctas pretenciones, el exigente encargo de nuestro llorado director que, en simbólico bronce sigue presidiendo las deliberaciones de la Academia, me invade la emoción de evocar su memoria, unida a la del altísimo poeta, a quien rendimos merecida alabanza, cuando ambos son ya sombras veneradas de las letras y de la patria, incorporadas al panteón de nuestros inmortales, y que ahora participan, también de esa misma atmósfera de eternidad histórica donde campean, con estático ritmo, esas figuras del pensamiento universal y de la cultura de la raza, aquí consagrada, para el coloquio de la sabiduría, por la creadora voluntad que erigió esta fábrica.

No podríamos encontrar, ciertamente, escenario más solemne y propicio para enmarcar en él la silueta seductora y gallarda de ese hidalgo español, nacido en América, que fue don José Joaquín Casas. Diríamos, más bien, que constituye el ámbito natural de su espíritu. Conoció,

en vida, todas y cada una de las obras maestras que parecen surgir en nuestra imaginación al contemplar este recinto donde cada bloque escultórico y cada rostro de la estampa alegórica evoca, de por sí, una época, con su plenitud, influencia y carácter, haciendo girar, en torno nuestro, a la manera de un sistema planetario de las ideas, el vasto proceso del pensamiento universal, a través de todos los tiempos. Con el **Libro de la sabiduría**, como heraldo, que inspiró, junto con el **Quijote**, sus meditaciones cotidianas, el señor Casas quemó su alma no solo en la hoguera de los textos bíblicos sino en la divina proporción del canto homérico y de los coloquios platónicos; en la ironía de Sófocles; en las ardientes odas de Horacio; en el contenido ardor demosténico de la expresión ciceroniana; en el silbo virgiliano de la campaña itálica; en la fiebre agustiniana de la ciudad de Dios que invade el drama cristiano de los primeros siglos; en las estancias inmortales del Dante donde giran el cielo y la tierra al conjuro de los tercetos lancinantes; en la intrincada selva de la tragedia shakespereana; en la épica de Cáoens, salpicada por la sal de los mares; en los tipos y sentimientos universales, de plasticidad cómica, de las comedias de Moliére; en la estética de Goethe, que somete la ebriedad de los sentidos al sereno equilibrio de la belleza, y hasta en el abismo psicológico que hace gemir, en Dostowiesky todos los vientos de la estepa, como borrasca fantasmal de un mundo distante.

Pero, sobre todo, don José Joaquín Casas sobre el conocimiento medular y exhaustivo de esa cultura universal que poseía, en grado eminente, en el trato diario y directo con muchos de sus textos de origen, afirmó una personalidad de excepción, en los dominios de las letras hispánicas, que le permitió pasearse, en la prosa, con igual desenvoltura, por los más remotos ámbitos del idioma, desde el balbuceo del Arcipreste, el humorismo cáustico de Quevedo, la orlada cláusula académica, de docto examen crítico, a la manera de Menéndez Pelayo o de Valera, hasta la escena deliciosa de pastoral encanto, que en Trueba o en Pereda, luce los primores del habla. Y, en la poesía, a través de la copla vernácula, cargada de fuerza emocional, como el regato que abrillanta agujas y helechos en su descenso rumoroso de la montaña; en el verso melodioso y jocundo que traza la caricatura verbal de las gentes de aldea o su retrato lírico; en el elogio conceptual del árbol prosaico que agrupa las querencias del pueblo; en el del rocín voluntarioso, mezcla de Pegaso y jamelgo, que recorre, como héroe de enredos y dislates, los caminos del costumbrismo; en la viñeta colonial, de marco romántico, que reconstruye los fastos santaferreños y reproduce, como las palmeras que se fecundan a distancia, los dichos y actitudes de la Castilla medioeval, con los embustes de Sancho, los réspices de don Quijote, la parla proficua y elocuente, de amena erudición lugareña, de los académicos de Argamasillas y el olor a pan fresco, a yerbaluisa y a tomillo que exhalan las ventas del Toboso. Barajando personajes y sitios españoles y granadinos, en promiscuidad de escenarios y de costumbres, mezcla las aguas del Funza con las del Tajo, para producir un Tequendama iridiscente de explosión lírica y hace desfilar, indistintamente, por el Puente del Común o el de Alcántara —que para el caso da lo mismo— a los héroes ficticios o reales del mundo hispánico —El Cid, Quesada, Bolívar, don Quijote—, confundidos, en rocines relinchadores, con los hidalgos sabaneros, bizarros y chispeantes

—Vargas, Groots, Samperes, Marroquines— para concluir, en los propios terrazgos de Yerbabuena, que evoca las vegas de Granada, hablando con acento profético, “de la antigua y de la patria venidera”, y

*“En español de cervantina traza,  
y con puro Jerez de la Frontera,  
brindando por la lengua y por la raza”.*

Esa constante evocación de sitios y de ambientes andaluces y castellanos, en que el criollo y el indio se confunde, en unos mismos ideales, con el español de ultramar, y trajinan lugares, distantes en el espacio y en el tiempo, pero similares por la exaltación de un drama conjunto, al cual le sirven de alternos escenarios, acaba por identificarlos el señor Casas, a tal punto, que termina por crear, con dulce galanía, la realidad de un nuevo paisaje literario de contenido histórico, tal como lo ha hecho la generación del 98 en España y, particularmente, Azorín, su principal exégeta que, a fuerza de la confianza tenaz con ese matiz sutil e imperceptible de las cosas, le ha hecho modular a la tierra castellana un lenguaje profético, que lo mismo puede leerse en los libros que en la naturaleza y que salta ávido y rumoroso de un texto de Cervantes o de una estrofa de fray Luis, al risco empinado o a la llanura suplicante, cabalgando con el garbo de Garcilaso o el desenfado de Santa Teresa, por muchas sendas de Castilla y de América, con la espontánea naturalidad que fija el ritmo de su propia elegancia. Es un clasicismo orgánico, de noble fuerza conceptual, que trasciende del fondo del alma popular con la energía vital, ruda y viril del *Román paladino* de Berceo y que sube, en alas de la inspiración, hasta las más altas cimas del propio himno pindárico con que el señor Casas evoca la epopeya libertadora, remontándose, desde la pampa infinita hasta el lírico teatro de las batallas, con constantes pleamares de la emoción que recuerdan a trechos las octavas reales de Castellanos y parecen engarzarlas, como perdidas notas dispersas de una vasta sinfonía patria, que busca, a través de los siglos, la unidad esencial del canto épico que aun espera la raza.

Es preciso no olvidar, por otra parte, que el señor Casas pertenece a una tierra cuyo marco escenográfico establece raras similitudes con los paisajes de la Mancha y de Andalucía, donde la exultante vitalidad del español y la actitud contemplativa del indio se mezclan y proyectan sobre el horizonte, comunicándole a la tierra ese aspecto de “alegría un poco triste”, de que hablara Renán, de interjección y de plegaria, de grito decidor y de eco melancólico de un pasado abolido que, en las notas estremecidas del bambuco, adquiere su densidad melódica. Boyacá, en efecto, es a Colombia lo que Castilla a España, una especie de relicario místico, de símbolo autóctono, de lugar sagrado donde la patria parece más patria, no solo por su levadura de glorias, sino por la presencia de civilizaciones superpuestas que le dan a su suelo un espesor histórico, cuyos primitivos estratos aborígenes permiten observar el proceso de nuestro desarrollo colectivo, desde las remotas nieblas prehistóricas hasta las más avanzadas manifestaciones del progreso contemporáneo. Podría ostentar, sin hipébole, como distintivo ideal, la cigarra dorada de los helenos, para significar su identificación con el país y su acción determinante en la conformación de la fisonomía colombiana y del carácter y las costumbres nacionales.

El señor Casas interpreta, como ninguno otro de nuestros artistas, ese fenómeno característico de una tierra que mantiene íntima y espiritual concordancia con la raza y la literatura de más puro linaje y por eso se ha dicho de él que es el poeta nacional por antonomasia, no obstante que otros contemporáneos suyos, como Flórez, le exceden en popularidad, o como Silva que crea nuevas formas de expresión poética con su lirismo evanescente de fin de siglo; o como Luis C. López que, ante el espectáculo del mundo, enciende una llama más viva de humorismo pictórico; o como Ismael Enrique Arciniegas cuya voz se sumerge, con mayor énfasis, en la caja de resonancia de las guitarras campesinas. Pero el señor Casas los aventaja a todos en la profusión de sus registros expresivos y en la riqueza estructural de sus cantos. Su criollismo no es la cántiga pegajosa que circula de labio en labio, con su metáfora efectista y su brillo sensual e instantáneo de la emoción; ni el mórbido destello del verso recamado y nostálgico; ni el escepticismo intrascendente de estirpe volteriana; ni la desolada trova romántica, en que el universo cabe entero en el cristal de una lágrima, sino la gota de ámbar depurada que destila el idioma reducido a puras esencias, la pintura viviente, de gracia y de color, que delinea cuadros y costumbres nativos con el cuidado amoroso de aquel alfarero del poema de Omar Kayyam que aplicaba cuidadosamente el pulgar sobre los contornos del ánfora, temeroso de que la arcilla se quejara por haber sido modelada demasiado aprisa.

El señor Casas mantuvo una fidelidad imperturbable a las formas tradicionales del idioma, sin que le perturbara el vuelo alucinante de “los líricos sinsontes del modernismo” —a que alude Unamuno—, tan en boga en su época. Fue un español auténtico, hasta en su propio atuendo y en el énfasis mismo de la expresión peninsular que gustaba modular con gracia andaluza. Plástica y figurativa, lozana y pródiga, su estrofa, de corte castellano, conserva intacto el aroma del paisaje que enmarcó su existencia, como la planta arrancada retiene en los filamentos de sus raíces el polvo de la tierra removida y convulsa. Pero, en su particularismo vernáculo expande ese mismo aliento universal de que se halla impregnada la literatura de todos los tiempos, cuyas perspectivas infinitas la colocan, en su evasión poética, por encima de las modas circunstanciales y de la limitación del instante. Uniendo la lengua culta de los clásicos a la tosca de nuestros indios, su poesía es un tratado viviente de emoción patria, donde todo contribuye a despertar el sentimiento de la nacionalidad, con una exaltación casi mística. Las campanas de Villasuta, como las ya rotas de las espadañas de la Mancha, seguirán sembrando sus ecos en la tierra de Colombia y de España y uniendo sus clamores, para convocar a la raza, en pos de grandes ideales comunes. Aquellos que repercutieron tan persistentemente en el corazón de nuestro poeta, como ritual emanación del paisaje, hasta hacerlo suspirar, para su sepultura, no con la sombra extraña de una exótica flora, sino con la madre selva hogareña y confidencial de nuestros bosques, y con

*“...el gajo que la estirpe añora  
del sauce aquel que macilento llora  
sobre las aguas del paterno río”.*

El centenario que hoy celebramos tiene, además, una significación trascendente. No es solamente la exaltación de una figura de raras excelencias en el ámbito de las letras hispánicas, sino la evocación cariñosa de toda una época de la vida colombiana que parece encontrar en el señor Casas su más exacto símbolo. Confluyen en él, en efecto, las más variadas notas características de ese período histórico que hizo de la nuestra, a principios del siglo, una nación de estirpes campesinas, de educadores y gramáticos, cuyo saber, virtud y experiencia iluminaron, con su solo destello espiritual de cristianos viejos, nuestra honesta pobreza, convulsionada por la adhesión exaltada y romántica a convicciones y principios irreductibles que, como anota Francisco García Calderón, dignificaron la querrela política. Eran tiempos aquellos en que, al lado del bizantinismo destructor de nuestras contiendas civiles, se iba configurando trabajosamente la república en sus instituciones, en su organización social, en sus estamentos espirituales y económicos. Por eso la cátedra fue un ejercicio de estadistas y un apostolado de gentes cultas. La escuela se convirtió en un verdadero laboratorio de la vida para la defensa de la patria en agraz de sus tradiciones seculares, de su riqueza folclórica, de su paisaje, de sus labranzas, de sus industrias incipientes. El catecismo del Padre Astete, comentado amorosamente en la intimidad del hogar por la madre solícita y hacendosa —como relata hermosamente el propio señor Casas— al explicar sus influencias originales, constituyó la cartilla inicial de nuestras costumbres. Colombia llegó a ser una especie de aristocracia popular, gobernada por un patriciado responsable y honesto que mantenía el orden “no en la forma de una presión ejercida desde afuera sino de un equilibrio suscitado en su interior”, para aplicar la frase de Ortega sobre la justa organización del estado. “Una nación, antes que un conjunto de normas, es una ordenación de costumbres”, decía Bolívar. Y esa etapa de reestructuración de la nacionalidad, que inició la generación de 1870 y que verificó el tránsito hazañoso de nuestra incipiente civilización de bahareque a la etapa industrial moderna, fue posible gracias al concurso de esas familias espirituales preponderantes y al auge de esa gran cultura humanística que, no por estar circunscrita a determinadas personalidades creadoras, dejó de vertebrar todos los estratos de la sociedad colombiana y esparcirse, como filosofía vital, normativa y reguladora de la conciencia pública. Acaso la cultura haya buscado hoy nuevas formas de expresión, en una era confusa y contradictoria como es la nuestra, caracterizada por la especialización y la técnica, el crecimiento desmesurado de la población del país, la ineficacia de los instrumentos del estado para resolver los problemas apremiantes de la nación y el avance material sorprendente que hemos logrado, si se tiene en cuenta el incalculable esfuerzo que significa haber vencido, con persistente voluntad colonizadora, una geografía abrupta y hostil de cordilleras infranqueables y llanuras inhóspites. Puede suceder que el humanista de otras épocas se haya transfigurado en gerente, atraído por una concepción un poco pragmática de la vida, creyendo más en la influencia de los factores económicos que en la eficacia de los valores del espíritu para producir bienes comunes. Pero lo cierto es que hemos disminuído en calidad y en espesor científico, en conciencia de nación disciplinada y jerárquica y en generoso espíritu de convivencia entre las clases, si se compara el actual con el período histórico en que las grandes cifras de la inteligencia colombiana —Cuervo, Caro, Pombo, Murillo Toro, Cama-

cho Roldán, los Pérez, Suárez, Gómez Restrepo, Uribe Uribe— brillaron, ciertamente, como meteoros solitarios, pero con notorio influjo en el pueblo que incorporó a su sensibilidad colectiva la corriente moral de sus enseñanzas. La ausencia de muchos de esos patrones espirituales y éticos que, al par de sabiduría, expandían normas de conducta social, se hace sentir en nuestra perplejidad contemporánea, producto de filosofías agónicas y de posturas espirituales, cargadas por el odio ancestral de sectarismos anacrónicos y cruzadas por la angustia, la confusión y el desconcierto. La crisis actual de la sociedad colombiana es un reflejo evidente de esa orfandad patética.

Conocí al señor Casas en su gloriosa ancianidad, cuando, recluso en la frescura de un hogar, ilustre por mil títulos, tenía como libro de cabecera los *Pensamientos*, de Joubert, transidos por el eco del precepto evangélico, y se deleitaba disertando sobre la patria, sobre el arte, sobre el idioma ante un coro de sus discípulos atentos. Jamás olvidaré esa figura patriarcal, frágil y hermosa, de letrado hasta la sabiduría y esos ojillos vivos e inquisidores que recogían un resto de luz para mirar un cuadro de Velásquez o de Rivera, o leer, por milésima vez en el libro, cuidadosamente anotado, que acariciaba religiosamente entre sus orantes manos de hidalgo, algún pasaje de Cervantes, repitiendo una frase de Anatole France “la intimidad con la belleza era para él todo el precio de su vida”. Hubiera querido morir seguramente, en su valle paradisiaco, en la preciosa casa claustrada de monolíticas columnas, donde nació, “con su crucifijo heredado de los abuelos, su cocina rústica y fragante y su solar con manzanos ruborosos”. Allí, en medio de todos sus afectos de infancia, de la paz cadenciosa de la provincia boyacense, escuchando el rumor de los chorros de la pila aldeana y entre un perfume de granados y granadillos. Se le pudiera evocar, entonces, con las propias palabras lapidarias que escribió sobre don Quijote: “aquel personaje soñador, humano y vivo como ninguno y tan vivo y tan humano que —muchas veces me lo he figurado— el día del juicio final no será poca sorpresa para la humanidad el ver que se tarda en presentarse a rendir sus cuentas el Caballero de la Triste Figura”. Y, por cierto, no habría quien las tuviera tan ajustadas y corrientes, como quien por haber sido el caballero temeroso de Dios, leal, casto, sin miedo y sin tacha, “flor y espejo de la andante caballería”, estuvo a menos de un paso de la santidad; porque, si mal no lo entiendo, la caballería es el preámbulo humano de la santidad y el santo es el caballero transfigurado por la divina gracia. Y eso era el señor Casas: un poco de la patria ya ida, cuyos patricios rasgos señoriales y cuya idea del mundo y de las cosas bien pudieran ser repartidas entre la preceptiva de los terceos de la Epístola Moral y las endechas de Jorge Manrique, para lograr el cumplido elogio cristiano de quien, “al morir el tiempo entre sus brazos”,

*“Dio el alma a quien se la dio,  
el cual la ponga en el cielo,  
en su gloria,  
y aunque la vida murió  
nos dejó harto consuelo  
su memoria”.*